

SANDRA
MIRÓ

YO EN

TU CASA Y TÚ

EN LA

MÍA



**SANDRA
MIRÓ**

**YO EN
TU CASA Y TÚ
EN LA
MÍA**

 **match**stories

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Sandra Miró, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

MatchStories es una colección de Ediciones Martínez Roca,

sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-270-5435-6

Preimpresión: Realización Planeta

Depósito legal: B. 15.643-2025

Impresión: Unigraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España



Enero

Sofía

¡No veo la hora de llegar a casa!

Llevo todo el día trabajando y lo único que me apetece es ponerme el pijama, cenar y dejarme caer en el sofá un rato. Menos mal que mañana ya es viernes porque si no...

Desde que en noviembre me cogieron en el nuevo trabajo, siento que me paso la vida corriendo de un lado para otro. Ya llevaba un año en el turno de tarde del equipo de limpieza de un colegio, pero siempre estoy haciendo entrevistas o buscando otras opciones; gracias a eso hace dos meses me salió esta oferta. Por horario me venía bien, así que envié mi currículum. Contra todo pronóstico, tuve suerte y me eligieron. Aunque la realidad es que solo estoy supliendo una baja, pero... ¡algo es algo!

Por eso, ahora, de lunes a viernes estoy hasta arriba. Por las mañanas trabajo de auxiliar administrativa de 8.00 a 13.30, y por las tardes sigo limpiando en el colegio de 15.30 a 20.30.

Entro en el vagón del metro como puedo, va lleno. Cómo se nota que es el final de las jornadas laborales. Menos mal que en pocos minutos llego a mi parada. Qué agobio de gente, todos apretados siempre. Claro, ya se han terminado las Navidades, las vacaciones y los días libres para todo el mundo. Me quejo porque el vagón ahora va lleno, pero el de esta mañana iba aún peor.

Camino a paso ligero, no tengo tiempo que perder. Y en menos de quince minutos estoy en casa. Me fijo en el aspecto del portal. Está como... sucio, ¿no?

Escucho a alguien bajar por las escaleras y veo a Emilia, una de las vecinas del primer piso. La acompañan sus dos perritos salchicha; parece que es la hora del último paseo del día. Por como mueven siempre las colas, parecen sociables.

—Buenas noches —la saludo.

Pero hace como que no me ve y sigue su camino. Vaya, tan simpática como siempre. ¿Tanto cuesta ser amable?

Reviso el buzón de mi casa, el bajo A, pero no hay nada, y en unos cuantos pasos más me planto en mi puerta y entro.

Mi abuela no tarda en saludarme.

—¡Hola, cariño!

Dejo como siempre las llaves en el mueble de la entrada y entro en el salón. Mi abuela viene a mi encuentro. Me acerco a ella y, como cada día, le doy un cariñoso abrazo.

—Hola, abu, ¿qué tal estás?

—Muy bien, hija, y tú, ¿qué tal el día?

Suspiro mientras me quito la mochila y la dejo sobre la mesa del comedor. También me deshago del abrigo, que apoyo en el respaldo de una silla.

—Muy cansado —digo, y saco un túper vacío y la botella reciclable de la mochila—. No veas cómo se nota que hemos dejado atrás las Navidades, el metro vuelve a estar petado a las horas de entrada y salida del trabajo.

Me llevo ambos al fregadero de la cocina. Mi abuela me sigue, conoce bien las aglomeraciones del transporte público: nunca hemos tenido coche.

—Normal, Sofía, todo el mundo vuelve a la rutina.

Ni en el fregadero ni en la encimera hay ningún plato, cubierto o vaso sucio.

—¿Has llenado el lavavajillas? —le pregunto.

—Claro, solo falta meter las cuatro cosas que utilicemos para cenar.

Asiento con pesar. Mira que le tengo dicho que yo me encargo.

—Genial, abu, pero ten cuidado con tu espalda.

—¡Anda ya! Vamos a hacer la cena.

Se me escapa una media sonrisa mientras niego con la cabeza. Si hay alguien cabezota en esta casa, esa es ella.

Me lavo las manos con rapidez y las seco con papel de cocina antes de abrir el frigorífico.

—Queda tortilla de patata de ayer, ¿verdad?

—Claro, lo que no queda es tomate frito, ya lo he apuntado.

Tiene razón, lo terminamos ayer. Me acerco al cuaderno que tenemos junto al microondas para ver la lista de la compra:

<i>Lechuga</i>	<i>Yogures</i>
<i>Judías</i>	<i>Pasta de dientes</i>
<i>Kiwis</i>	<i>Lejía</i>
<i>Tomate frito</i>	

Vaya..., no esperaba tantas cosas.

—Si no puedo mañana, lo compraré el fin de semana —comento mientras saco la tortilla de la nevera.

—No te preocupes, cariño, no hay nada imprescindible ahora mismo —me dice con una sonrisa—. Ya lo compraremos.

No, «ya lo compraremos» no. Me encargaré de que esa lista no pase de este fin de semana. No quiero que a mi abuela le falte de nada.

Pongo a calentar la tortilla en el microondas y mi abuela saca un par de vasos limpios del mueble alto.

—Creo que tenemos vecinos nuevos —dice entre dientes.

—Ah, ¿sí?

Pero no espero a que responda. Vuelvo al comedor, cojo la mochila y el abrigo y los dejo a la entrada, en su lugar habitual, antes de poner el mantel.

Mi abuela continúa hablando en la cocina:

—Sí. Alguien se ha mudado hoy al primero A. Parece que el piso de José Ramón va a dejar de estar vacío.

Era el señor mayor, rondaría ya los noventa años, que vivía justo encima de nosotras. El pobre ya llevaba unos cuantos años algo débil y falleció en septiembre.

—¿Y tú cómo sabes eso? —le pregunto mientras cojo cubiertos y servilletas y los llevo a la mesa con mi abuela, que se encarga de colocar los vasos.

—Porque he oído ruido y me he asomado a la mirilla. ¿Qué te crees? —admite—. He visto varias personas subiendo cajas por las escaleras y el ascensor. Y, por el ruido que se oía en el techo —señala encima de nosotras—, he sabido que entraban y salían del piso de arriba.

—Abuela, eres como la vieja del visillo —bromeo, haciéndola reír.

Ella hace una mueca divertida y responde:

—Si no fuese por mí, ¿quién te nutriría con los cotilleos del bloque?

—¡Eso es verdad! —afirmo con guasa.

Ambas volvemos a la cocina. Cojo la jarra de cristal y la pongo bajo el grifo para llenarla de agua.

—No creo que se muden muchas personas.

—¿Por qué?

—Por la cantidad de cosas que han subido —responde acercándose al microondas—. No han sido muchas, por lo que imagino que una o dos personas, como mucho.

—Abuela..., ¿cuánto rato has estado asomada a la mirilla?

—Eso a ti no te incumbe.

Muevo la cabeza, no tiene remedio. Nunca mejor dicho, ya que su nombre es Remedios. Suspiro pensando en lo que me ha contado. Solo espero que, sea quien sea quien se mude ahí arriba, sea tan silencioso como José Ramón.

El agudo pitido del microondas me saca de mis pensamientos. Mi abuela coge la tortilla y dice:

—Venga, a cenar.

Noel

—Noel, ¿dónde ponemos estas cajas?

Miro a mi hermana Belén, tanto ella como papá y Arturo, nuestro otro hermano, están parados esperando mis instrucciones. Subo los dos últimos escalones y miro el piso.

No tengo ni idea. Es la primera mudanza que hago en mi vida. He ayudado en alguna que otra, pero no era yo quien se mudaba. Hoy sí.

Como no lo sé, acabo respondiendo:

—Dejadlas donde veáis, ya lo iré ubicando todo cuando empiece a vaciarlas.

No lo ponen en duda. Simplemente, dejan las cajas en el salón, junto al sofá. Yo hago lo mismo con las dos maletas que he arrastrado escaleras arriba.

Papá lleva todo el rato extrañamente callado. Me fijo en él y no le veo ninguna expresión en el rostro, lo cual no sé si me asombra o me preocupa.

Belén y él salen de nuevo del piso. La que entra ahora es mamá, seguida por otra maleta llena de ropa. Veo cómo mira y analiza las maletas que he dejado en el salón. Sin pensárselo dos veces, se acerca a ellas y coge una.

—Esto mejor lo llevamos a la habitación.

—Mamá, da igual —intento frenarla—. Ya lo colocaré cuando esté solo y decida dónde va cada cosa.

Pero ella no tarda en mirarme y en negar con la cabeza.

—No seas tonto, cariño. Las maletas van llenas de ropa que no va a ir a otro lado que no sea tu habitación, ¿no?

Tiene razón, no me queda otra que asentir, coger las dos que quedan y seguirla hasta mi nuevo cuarto. Entramos y las dejamos a un lado para que no molesten. Antes de salir, mamá mira alrededor. Al fin y al cabo, no deja de ser la habitación de mi abuelo paterno, su suegro.

La cama aún no tiene colchón, me lo traerán mañana. Por eso, al menos hoy, debo seguir durmiendo en casa de mis padres. Pero, si todo va bien, a partir de mañana eso va a cambiar.

Mamá me coge la mano con cariño.

—No te preocupes, en cuanto coloques las cosas ya verás cómo sientes este sitio como tuyo.

Sé que le preocupa que me quede en este piso. Vamos, pondría la mano en el fuego por que le está dando más vueltas que yo. El piso era de mi abuelo. Tras su fallecimiento en septiembre, pasó a ser de sus hijos, o sea, de papá y el tío Ramón. Y ahora, tras cuatro meses vacío, lo ocuparé yo. Al menos de momento.

Como siempre, intento quitarle hierro al asunto.

—Claro que sí mamá, este fin de semana hago una fiesta y ya verás: lo haré completamente mío.

Mi comentario consigue hacerla reír. Me conoce muy bien y sabe de sobra que eso no va a pasar. No es mi estilo. Y que, si hago algo en casa, no la dejaré hecha un desastre. No soy ese tipo de persona.

Le paso un brazo por encima de los hombros con cariño y ambos abandonamos la habitación y caminamos juntos por el pasillo.

—Lo que sí que tienes que hacer es ponerte a colocarlo todo. Haz que vuelva a parecer una casa cuanto antes.

—Mañana mismo me pongo con ello.

Nada más volver al salón, aparece Arturo.

—¿Y por qué no hoy? —sugiere mi hermano al vernos entrar—. Si quieres nos ponemos ahora mano a mano y colocamos...

—Parad. —Me río—. Yo me encargo.

Aparece también Belén en escena y no duda en soltar uno de sus comentarios.

—Siempre puedes ir apilándolo todo en un lado hasta que llegue un momento en el que puedas bautizarlo como arte moderno.

Mamá y yo reímos mientras Arturo hace un gesto con la mano y sale del piso. Está claro que, aunque seamos hermanos, los tres somos diferentes. Belén y yo somos parecidos, pero Arturo... Él es un mundo aparte.

Mamá, que mira las cajas, se vuelve hacia mí y me advierte apuntándome con el dedo.

—Como venga a verte dentro de poco y siga habiendo cajas por medio, vamos a tener más que palabras.

Me aparto un poco de ella y alzo el brazo a mi frente mientras exclamo:

—¡Sí, mi sargenta!

Se echa a reír y ambos seguimos a mi hermano fuera del piso. Muy a mi pesar, aún quedan cosas por subir.

Bajamos por las escaleras y me suena el móvil. Me quedo a mitad de camino para comprobar que es un mensaje de mi novia.

Luz

¿Qué tal va todo, amor?

Genial, ya casi estamos acabando.

Rápidamente recibo otro mensaje.

Luz

¿Cuándo puedo ir a ver tu pisito nuevo?

¿Qué te parece mañana?

Luz

Sííí, cenita en tu casa nueva 😊.

También veo que tengo un par de mensajes en el grupo que tengo con mis dos mejores amigos.

Fer

¿Qué tal va la mudanza?

Thiago

¿Seguro que no quieres que vayamos a ayudar?

Están deseando que les diga que sí. Llevan toda la semana preguntándome si los necesito. Los conozco y estoy seguro de que, si Thiago le dice a su padre que han de salir antes del curro para venir a ayudarme, los dejará.

Empiezo a teclear mi respuesta, pero la voz de mi padre me sobresalta.

—Noel, deja el móvil y mueve el culo, que las cajas no se van a subir solas.

Lo miro y ni siquiera intento justificarme. ¿Para qué? Diga lo que diga no va a valer para nada. Así que guardo el móvil obediente y voy en busca de cajas que subir.

Tras un rato de subir y bajar escaleras, ya están todas mis cosas en el piso. Tampoco es tan dramático, está en la primera planta. Observo el salón y me sorprende ver tantas cajas, no pensaba que tuviera tal cantidad de cosas. Al fin y al cabo, vivo con mis padres, o sea, que solo me he traído las de mi habitación y poco más. No me quiero ni imaginar una mudanza de la casa entera. Qué horror.

—Ya está todo, ¿no?

—Sí, yo creo que sí —afirmo mirando a mi Belén.

—Menos mal... —mi hermana parece aliviada—, porque esto ya parece un campo de batalla.

Ahora es Arturo el que habla.

—Las mudanzas siempre son un caos.

—Si tu hermano se pone, en dos días está colocado —me apoya mamá.

Miro a mi familia y me cuesta creerlo. Aunque parezca mentira, ahora mismo tengo a mis padres y hermanos en el salón de mi casa. Mi casa. Suena fuerte. Aunque tengo claro que, si fuese por papá, habría rechazado la idea. Tanto papá como mi tío querían que el piso se quedara en la familia. No es la casa en la que crecieron, pero le tienen cariño. Han pasado muchas Navidades, cumpleaños y aniversarios aquí, con sus padres. No deja de ser un piso con una gran carga emocional para ellos.

Por eso, cuando mi tío Ramón y su mujer, mi tía Mar, vinieron a casa en Navidad, aproveché el momento. Llevaba tiempo queriendo independizarme y sabía que era mi mejor opción. Durante la cena saqué el tema y, para mi sorpresa, tanto papá como el tío aceptaron enseguida.

Claro está que papá lo hizo antes de saber lo mío.

Alguien ha dejado mi mesa de mezclas sobre el sofá. No me parece el sitio más seguro, así que la traslado a la mesa del comedor, una superficie más estable y con menos riesgos. No quisiera que le pasara nada.

Tras dejarla con cuidado, me giro y veo a papá mirándome. Antes he dicho que estaba extrañamente callado, ¿verdad? Me da que eso se acabará de inmediato.

—De verdad que no lo entiendo, hijo.

—¿Qué es lo que no entiendes, papá? —pregunto con voz calmada, pero con los brazos en jarra.

Si algo he aprendido, es que no sirve de nada alterarse. Odio discutir, algo que parece que a él le encanta. Que por una parte lo entiendo, es abogado y se debe pasar el día así, pero por qué conmigo. No he hecho nada malo. Al menos no bajo mi punto de vista.

—No entiendo cómo se te ocurre perder tu tiempo de esta manera y desperdiciar tu potencial con todo... eso. —Mueve la mano de forma despectiva para que todos veamos que se refiere a la mesa de mezclas.

Mamá, Belén y Arturo se miran entre ellos. Están decidiendo quién se mete en la conversación. Seguro que será mamá, como casi siempre. Por lo que me adelanto.

—Quizá mi manera de desperdiciar el tiempo me hace más feliz que esa idea de estabilidad que tú siempre defiendes.

Hemos tenido esta conversación mil veces desde que se enteró de mi decisión a finales de año. Parece que no se cansa de darle vueltas al tema.

—No digas tonterías —rebate molesto—. A ver qué haces cuando tengas que pagar los recibos y veas lo que cuesta la vida adulta de verdad.

Niego con la cabeza. Él sabe, igual que yo, que me voy a hacer cargo de los gastos básicos del piso, para eso tengo un dinero aho-

rrado. No es mucho, pero para mí de momento es más que suficiente.

—Puede que tenga veinticinco años recién cumplidos, pero no soy tonto —replico en un tono más serio.

Papá se mueve dispuesto a volver a decir algo, pero mamá se adelanta.

—Venga, ¿por qué no vamos todos juntos a cenar algo?

Belén y Arturo asienten al segundo. Miro a mamá y, con una sonrisa, hago lo mismo.

—¡Invita papá! —exclama Belén a modo de broma.

Mi hermana me mira con complicidad y nos reímos. Ni dos segundos después todos salimos del piso del abuelo.

Bueno..., de mi piso.